

## Doscientos años argentinos, en clave sociológica y sobre hombros de gigantes

*Ricardo Sidicaro*<sup>1</sup>

Los doscientos años argentinos comprendidos entre mayo de 1810 –momento en el cual la formación de un nuevo Estado-nación distaba de ser una idea explícita y, quizás, tampoco imaginada– y nuestros días no fueron el resultado de una evolución simple y lineal. Si las construcciones estatales-nacionales del viejo mundo tuvieron un proyecto relativamente prefijado en tanto sucesoras del Antiguo Régimen, la Argentina partió desde un punto muy superior de incertidumbre. En esta breve exposición no hablaré de hechos ni de grandes personajes, y si bien unos y otros entrarán ocasionalmente en estas páginas será a los efectos de ilustrar con ejemplos. Lo que me interesa es proponer una serie de claves sociológicas que estimo útiles para explicar el desarrollo político-institucional de esos dos siglos. No presentaré, tampoco, una cronología de acontecimientos que considero conocidos y la secuencia dejará amplias lagunas pues se trata de un ordenamiento sociológico elaborado a partir de conceptos y mecanismos explicativos escogidos por su pertinencia. Demás esta recordar que Max Weber se interesó por la sociología por considerar que la explicación histórica necesitaba emplear categorías sociológicas; Émile Durkheim vio en la historia uno de los ámbitos principales de la experimentación racional; Carlos Marx fue un sabio que fundó la idea totalizadora de las ciencias sociales y en sus análisis de procesos históricos puso a prueba y enriqueció sus teorías. Para reflexionar desde un punto de vista sociológico sobre los doscientos años argentinos hemos buscado situarnos sobre los hombros de autores como los mencionados y de otros más cercanos en el tiempo, realizando un ejercicio que no precisa los pretextos de los aniversarios, que, sin embargo, ofrecen la posibilidad de abordar grandes períodos teniendo *in mente* comparaciones enormes y que necesita, como condición indispensable, no dejarse atrapar por las algarabías o los aquelarres circundantes.

### LOS COMIENZOS

Mayo fue pensado por muchos historiadores como una acción motorizada por una pequeña elite intelectual jacobina sobre cuyas figuras principales influían las ideas del iluminismo europeo. En esas narraciones, más allá de su adecuación a los hechos, se dio el protagonismo a los “grandes hombres” integrantes de minorías activas dispuestas a construir realidades políticas a partir de lecturas. Al respecto, Mariano Moreno, traductor del *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau, fue una mención obligada. Gabriel Tarde hubiese interpretado ese hecho como un fenómeno normal, pues sostenía que las ideas, las conductas sociales o las modas se imitan o se propagan, nacional o internacionalmente. El término elite, sin mayores precisiones conceptuales, fue empleado con frecuencia por autores que se inscribían en pensamientos teóricos muy distintos y, en ciertos casos, enfrentados. Más allá del carácter de las pruebas o fundamentos presentados en esas reflexiones y de sus juicios críticos o elogiosos, las referencias a las elites o minorías activas fueron recurrentes en los análisis de los más disímiles procesos argentinos de cambio político. Con Mayo, al igual de lo sucedido con otras revoluciones, la discusión sobre quiénes fueron los protagonistas decisivos inauguró las opciones, erróneamente excluyentes, entre elites, clases y pueblo (o multitud). El supuesto de la existencia de una elite con convicciones sólidas y capacidad de conducir la política no fue compartido por todos los relatos de los acontecimientos. Tampoco existieron coincidencias

---

<sup>1</sup> Sociólogo, investigador del CONICET y Secretario de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde además es Profesor Titular de la materia Análisis de la Sociedad Argentina.

sobre la participación popular en los eventos de Mayo. En un plano general, la mirada histórica de Mitre fue la más conocida en la adjudicación de un gran reconocimiento al rol de los factores económicos en 1810. Marx, había señalado que no era merito suyo hablar de las clases sociales y de sus intereses económicos pues los historiadores burgueses, decía pensando en Guizot, ya lo habían hecho. Mitre, lector de Guizot, difundió la teoría de las clases económicas y de su papel en la emancipación de la dominación española presentando a los comerciantes del Río de la Plata como los actores de una revolución burguesa destinada a romper con el monopolio ibérico. Las explicaciones materialistas de Mitre serían con el tiempo incorporadas a la historia oficial que no dejó de resaltar a las elites pero, de hecho, las convirtió en vanguardias de las clases comerciales. El historiador nacionalista Julio Irazusta hizo una interpretación que discrepaba con Mitre-Guizot, sin dejar de realzar el factor económico: en los sucesos de Mayo vio en Moreno, en tanto redactor de la *Representación de los hacendados*, al defensor del libre cambio en beneficio de las clases comerciales de Buenos Aires que pedían la independencia de España para entrar en la órbita del Imperio Británico<sup>2</sup>. Puede llamar la atención que la interpretación materialista de la historia argentina haya tenido la suficiente fuerza como para convertirse en discurso escolar, aspecto no sólo atribuible a modas intelectuales economicistas, sino, además, a la poca capacidad de las primeras cúspides sociales para formular ideologías con vocación hegemónica susceptibles de conquistar la emoción social mediante narraciones de mayor contenido heroico, y más que en el consenso integrador debían pensar en el uso de la fuerza para resolver conflictos.

Las clases, en tanto actores definidos por sus inserciones estructurales en la economía, fueron, también, jerarquizadas en las explicaciones de Juan B. Justo, el fundador del partido socialista. Justo, desde una óptica marxista, pero consciente de la insuficiencia de las explicaciones centradas en los factores económicos, no dejó de aludir a la diversidad de los sujetos que formaron el público que acompañó desde la calle la instalación de quienes serían las primeras autoridades patrias:

“Así es que el 25 de Mayo de 1810, mientras 200 personas ‘de la parte principal y más sana del vecindario’, según rezan los documentos de la época, daban el paso decisivo hacia la Independencia, toda la agitación popular se reducía a unos 100 hombres, dice Mitre, ‘manolos’ llevados del barrio del Alto por French, ‘agente popular de Belgrano y ciudadanos más decididos’ llevados por Berutti, ‘agente popular de Rodríguez Peña’. Ese fue el pueblo que aclamó a la Junta, y que durante las deliberaciones, ‘vociferaba’, según López, dirigido por los caudillos secundarios de la revolución”<sup>3</sup>.

En el relato de Justo aparecían de un modo para nada anecdótico datos aportados por Bartolomé Mitre en su obra *La historia de Belgrano*, que sin acartonamiento describían a aquellos que sin saberlo fueron los pioneros en el armado de actos públicos, a los fines de proporcionar legitimidad popular a los jefes políticos. Un salto en el sentido de la enunciación de los protagonismos populares fue el dado por José M. Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*, quien remitió a las mismas páginas del libro de Mitre citado por Justo, pero, inspirado en las teorías de Gustave Le Bon, resaltó la presencia de las multitudes que ante las vacilaciones de la Junta para desplazar al virrey irrumpieron en el escenario público cuando:

“Un rumor sordo de descontento cundió hasta los suburbios y empezó a circular por las plazas y las calles de la ciudad, concurso numeroso de gente que nadie había citado ni dirigido (...) El peligro provocaba rápidamente la formación de la multitud...”<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Julio Irazusta. *Influencia británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires, EUDEBA, 1984, página 23.

<sup>3</sup> Juan B. Justo. *Socialismo*. Buenos Aires, Librería de la Vanguardia, 1920, página 22.

<sup>4</sup> José M. Ramos Mejía. *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1977, página 111.

En un movimiento interpretativo por cierto original, los ‘manolo’ de Justo-Mitre se habían convertido en los vigilantes y activos soportes sociales del nuevo rumbo y casi imperceptiblemente fundaron una sociabilidad política igualitaria:

“El orillero, feliz al tutearse, por fin con el alcalde y con el *decente de arriba*, había adquirido una confianza y una conciencia de su valer...”<sup>5</sup>.

Ernesto Quesada escribió en 1898 una interpretación sociológica sobre los conflictos que suscitaron las iniciativas de quienes creyeron posible convertir un virreinato administrativo, que tenía unidad en el papel, diríamos hoy, en una nación republicana, proyecto destinado a chocar con las ideas e intereses de quienes no estaban dispuestos a ceder las potestades de los autogobiernos regionales a un poder central<sup>6</sup>. Más allá de las explicaciones contrapuestas, con el enfrentamiento entre unitarios y federales se estableció el primer gran clivaje nacional cuyas variadas manifestaciones se mantuvieron hasta nuestros días. Las versiones múltiples de ese conflicto dieron lugar a la idea de la existencia de dos países mucho antes que la sociología introdujese el tema del dualismo estructural y los problemas de la transición de la sociedad tradicional a la moderna. Las disputas por intereses materiales y por definiciones político-institucionales desembocaron en un ciclo de violencia, cuya proyección narrativa más exitosa fue proporcionada por Sarmiento en su célebre dicotomía entre *civilización* y *barbarie*. Pasional y con pretensión analítica, el sanjuanino escudriñó en las combinaciones político-intelectuales de la primera mitad del siglo XIX con la finalidad política de establecer el nexo entre Facundo y Rosas, donde el interior *bárbaro* alcanzaba el poder en Buenos Aires y lograba retardar la marcha hacia la *civilización*. El *Facundo* fue el primer gran fresco sociológico de lo que durkheimianamente puede considerarse como las resistencias de la solidaridad mecánica del interior pastoril ante el avance de la solidaridad orgánica de la ciudad-puerto mercantil. Cuando los antirosistas consiguieron predominar con sus proyectos de organización institucional mostraron como con las palabras, o las ideas, se hacían *cosas* y para impedir el retorno de la *barbarie* implementaron las políticas migratorias que cambiarían la población. La fuerza performativa del *governar es poblar* se hizo realidad con la llegada de los extranjeros que, según Juan Bautista Alberdi, traerían en sus cabezas el espíritu industrioso del viejo continente. Con el positivismo de la época imaginaron que esa era la vía más rápida y eficaz para importar las fuerzas del progreso.

Émile Durkheim, en el volumen V de la revista *L'Année Sociologique* (1900-1901), escribió un breve comentario sobre el artículo de P. Sitta titulado “La popolazione della República Argentina”<sup>7</sup> (publicado en la *Rivista Italiana Di Sociologia*, Volumen IV, fascículo 3, páginas 310-335.) en el que tomando la información del autor decía que lo

“que tiene de interesante la República Argentina desde el punto de vista demográfico es la parte enorme de los extranjeros inmigrados en el conjunto de la población (25%). Esta particularidad fundamental lleva consigo otras: predominancia marcada del sexo masculino, proporción considerable de hombres de entre 20 y 40 años, débil proporción de familias, pero alta natalidad tanto en los nativos como en los inmigrados (más de 4 hijos por mujer casada). El pueblo argentino tiene entonces una constitución demográfica muy particular, cuya influencia se hace sentir necesariamente en la marcha general de su historia”<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Ib-ídem.

<sup>6</sup> Quesada, Ernesto: *La época de Rosas*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1926, cap. 2.

<sup>7</sup> Publicado en la *Rivista Italiana Di Sociologia*, Volumen IV, fascículo 3, páginas 310-335.

<sup>8</sup> Émile Durkheim. *L'Année Sociologique* (1900-1901). París, Alcan. Reproducido en Émile Durkheim: *Journal Sociologique*. París, Presses Universitaires de France, 1969, página 385.

El fundador francés de la sociología pudo haber prolongado su texto diciendo que una sociedad con tales características sociodemográficas no podía sino conocer fuertes carencias en el plano de la integración social e importantes manifestaciones de anomia. Al veloz crecimiento poblacional y a las dificultades para crear uniones familiares, Durkheim hubiese podido agregar otros datos seguramente no registrados en su fuente: el sistema de explotación del trabajo asalariado sin legislaciones estatales protectoras del tipo que comenzaba a implementar Europa, cuya ausencia agudizaba los efectos “patológicos” de la división del trabajo social. Igualmente, desde una perspectiva durkheimniana cabía observar las consecuencias del proyecto modernizador fundado en la necesidad de tomar distancia de las tradiciones españolas, en la laicización de la educación, en la crítica de las formas de sociabilidad del interior vistas como arcaicas, en la estigmatización de las poblaciones aborígenes. Si no fue difícil instituir en los papeles la escuela de Jules Ferry, resultó más complicado hacerla cumplir las mismas funciones en un medio sociohistórico totalmente distinto. Durkheim había contribuido a crear en Francia, en los comienzos de la Tercera República, ese tipo de sistema escolar dirigido a fortalecer la integración social, inculcar las representaciones colectivas propias de la idea de ciudadanía democrática y crear valores patrióticos. Más módico, el sistema escolar vernáculo apuntó a nacionalizar mentalmente a los hijos de la migración internacional, es decir, a fabricar argentinos, objetivo que mal podía alcanzarse en tanto que el discurso oficial tenía escasos puntos de contacto con el mundo de las clases populares y no formulaba hacia ellos propuestas políticas hegemónicas ya que eran masas ajenas a las cerradas arenas electorales. Por otra parte, los efectos anómicos producidos por la movilidad social ascendente de algunos y por la frustración al respecto de los más, no podían, como sucedía en los estados-nación europeos, tratar de compensarse con los llamados al patriotismo que alimentaban las identidades nacionales en el odio o el recelo a los extranjeros que, frontera por medio, codiciaban sus tierras y envidiaban el destino de quienes habían nacido franceses, alemanes, ingleses, etcétera. Probablemente, por ser poco propensos al culto de los valores nacionales buena parte de los inmigrantes había optado por dejar sus países previendo las guerras y pensando que no cabía morir por la patria y quienes habían partido a hacer la América y esperaban retornar enriquecidos al terruño de origen, no veían las ventajas del eventual patriotismo argentino de sus hijos. Los más, mantuvieron aspectos de sus culturas ancestrales sólo bajo la forma de canciones y comidas, y siendo originarios de naciones fracturadas por profundos localismos muchos descubrieron, una vez en la Argentina, que no eran calabreses, napolitanos o sicilianos, sino, tal como decía el pasaporte, italianos; mientras que otros, gallegos, vascos o sevillanos, pasaron, por las mismas vías censales y administrativas, a ser españoles. El caso extremo, que justifica la repetición de palabras, fue el de los alemanes del Volga, difícilmente reconocibles como alemanes en Alemania, que hacía mucho habían abandonado sus antepasados cuando migraron a Rusia y que, dadas las clasificaciones internacionales, en la Argentina serían alemanes. En fin, no faltaban, además, quienes venían de pueblos sin historia, de fronteras difusas, de raíces itinerantes o vasallos de coronas y nacionalidades cambiantes o desaparecidas.

## LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

La Argentina se insertó en la primera globalización (1870-1914) acogiendo flujos migratorios expulsados de Europa y participando de modo ventajoso en el comercio mundial de alimentos. Ambos aspectos prefiguraron los cambios de su estructura social. La llegada de los grandes contingentes de extranjeros provocó el aumento de la población en tanto que la demanda internacional de productos agrarios estimuló el crecimiento de la producción rural. Muchas explicaciones de las causas de la competitividad de los productos exportados por el país hicieron de la alta fertilidad pampeana el factor decisivo, en tanto los poetas y escritores celebraron las virtudes de los ganados y las mieses. Del otro lado del océano, en 1894, Max Weber se preguntaba por las verdaderas causas de los bajos precios de los productos argentinos que ponían en peligro la

producción de cereales en Alemania, y no fue en los aspectos naturales agronómicos en los que centró su análisis. Para responder ese interrogante, Weber disponía de escasas informaciones y sus fuentes principales fueron unas pocas cartas de colonos alemanes que vivían en nuestro país y que proporcionaban descripciones etnográficas de los modos de trabajo, contratación y alojamiento de los obreros rurales de las colonias agrícolas de Entre Ríos, y, además, algunas informaciones cuantitativas tomadas de la *Review of the River Plate* de fines del año 1893. La reflexión de Weber sobre la Argentina<sup>9</sup> tenía continuidad con sus estudios sobre la situación de los obreros agrícolas del este del río Elba, en los que había sacado importantes consecuencias sobre las relaciones que cabía establecer entre los modos de trabajo y los formatos de organización político-institucionales. Según Weber, las ventajas comparativas argentinas en el comercio mundial de granos surgían de la sobreexplotación de los trabajadores transitorios con muy bajos salarios, sin leyes de protección social y alojados en barracas insalubres. En la formación de precios competitivos también jugaba la inestabilidad del valor de la moneda local que, en el análisis de Weber, le permitía al sistema comercial favorecerse con las depreciaciones monetarias al pagarles menos a los productores, los cuales a su vez hacían recaer sus pérdidas sobre los trabajadores. Coherente con los hallazgos de su investigación sobre el este del Elba, Weber subrayaba que las situaciones de desarraigo de los obreros agrícolas provocaban efectos perjudiciales para la formación de los lazos sociales necesarios para la construcción de instituciones estatales-nacionales modernas. Preocupado por la defensa de los intereses de su país, veía como imposible competir con las importaciones de cereales argentinos a menos que Alemania decidiera:

“Descender y no ascender en el carácter de nuestra estructura social y en nuestro nivel cultural, llegando al nivel de un pueblo semibárbaro de baja densidad de población, como lo es Argentina”<sup>10</sup>.

Cinco años antes, al comentar un libro sobre aspectos generales de la realidad argentina, Weber había evaluado que la falta de medidas para integrar a los inmigrantes internacionales era un elemento que no contribuía a mejorar su “vida política incurablemente desordenada”<sup>11</sup>. En *Economía y Sociedad*, en unas pocas líneas se resumían las características de los dirigentes partidarios latinoamericanos resaltando los rasgos preponderantemente lucrativos de sus motivaciones:

“En los territorios que fueron colonias españolas tratase siempre, tanto en las llamadas ‘elecciones’ como en las llamadas ‘revoluciones’, del acceso al pesebre del Estado, en el que los vencedores desean nutrirse”<sup>12</sup>.

Lector de James Bryce, posiblemente allí Weber habría encontrado sus referencias sobre Sudamérica. El sociólogo alemán no era un predicador de la moral política y en sus escritos sobre el tema sistematizó con extremo realismo las características de los sistemas representativos de su época. Por cierto, los actores que querían *vivir de la política* en la Argentina o en Latinoamérica no eran una excepción mundial. Pero su particularidad surgía, probablemente, de las situaciones generales de escasa institucionalización de los mecanismos de representación que hacían más visible su poca inclinación a hacer creer que actuaban en nombre de intereses sociales medianamente trascendentes. Los observadores extranjeros de la vida política argentina estaban

---

<sup>9</sup> Max Weber. “Empresas rurales de colonos argentinos”, en *Sociedad. Revista de Ciencias Sociales* n° 6. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 1995, páginas 170 a 184.

<sup>10</sup> *Ib-ídem*.

<sup>11</sup> Max Weber. “Empresas rurales de colonos argentinos”, en *Sociedad. Revista de Ciencias Sociales* n° 6. *Op. cit.*

<sup>12</sup> Max Weber. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1999, páginas 1079 y 1080.

familiarizados con la existencia de dirigentes que vivían de la política y al mismo tiempo eran defensores de las regulaciones democráticas viéndolas como vías de acceso a sus propios beneficios materiales y simbólicos, pero en el caso analizado se encontraron con grupos cerrados, una “oligarquía” no justificada por prestigios estamentales que mantenía clausurada la participación electoral de la población en manifiesta contradicción con los principios republicanos a los que decía adherir mientras limitaba su implementación.

José Nicolás Matienzo, a quien corresponde considerar como el gran precursor de los estudios de sociología política en la Argentina, también conocedor de la obra de Bryce, frecuentó desde dentro a la clase política y condensó sus características en el párrafo posiblemente más citado por quienes luego incursionaron en la búsqueda de conocimientos sobre la elite del poder a los cien años de Mayo:

“Los gobernantes se reclutan en una clase de ciudadanos que, si no constituyen propiamente una casta, forman por lo menos una clase dirigente, en cuyo seno se ingresa con relativa facilidad. A esa clase pertenecen los jefes de partido y demás directores políticos. (...) Los miembros de esa clase mantienen entre sí relaciones sociales y económicas más o menos estrechas, y comparten, como es natural, opiniones y sentimientos comunes acerca de los móviles y propósitos de la conducta individual y colectiva. Sin esta posesión de una moral común, no sería posible el intercambio de servicios y atenciones que recíprocamente se prestan, sin atención de partidos políticos”<sup>13</sup>.

#### A LOS CIENT AÑOS, EL SISTEMA POLÍTICO-INSTITUCIONAL Y SU MODIFICACIÓN

Los observadores extranjeros hicieron descripciones descarnadas de la vida política nacional. El español Adolfo Posada fue, probablemente, el primer sociólogo internacional que buscó interiorizarse de los problemas argentinos desde un enfoque global. Su interés por los temas políticos lo llevó a dedicar a esa cuestión una parte significativa de su libro *La República Argentina* publicado en 1912. En su viaje al país en la época del Centenario debió escuchar las opiniones optimistas oficiales y recogió igualmente los juicios extremadamente críticos de los opositores. El espiritualismo de su formación krausista le sirvió, seguramente, para no caer en los reduccionismos de quienes pensaban que el crecimiento económico operaría favoreciendo la modernización de todas las esferas de prácticas sociales, incluyendo la política. Es probable que el libro de José Nicolás Matienzo, que acababa de publicarse, *El régimen republicano federal*, haya sido el que más influyó en sus argumentos. Posada caracterizó los mecanismos sobre los que se sustentaba el sistema de poder diciendo que existía:

“Una oligarquía política en la tradición de los ‘mandones’ o caciques al servicio hoy de una oligarquía –de infraestructura– financiera o económica, que viene a la vida con fuerza, luego que se desvanece la política, un poco romántica y generosa, de los Sarmiento y Mitre, ocupando su lugar la concepción económica de Pellegrini. Obsesionado y envanecido con la fuerza de la producción, con la plétora de sus bancos, con el ruido de sus trenes y el mareante movimiento de sus puertos, la formación del núcleo ético –freno de toda política– y del núcleo cultural –alma de toda política eficaz– no ha podido seguir, en la misma altura, al proceso económico”<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Matienzo, José Nicolás; *El régimen republicano-federal*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1994, p. 218.

<sup>14</sup> Adolfo Posada. *La República Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Hyspamérica, 1986, página 213.

La reflexión de Posada sobre las cúspides políticas destacaba el personalismo dictatorial de los presidentes que controlaban las decisiones públicas por encima del Poder Legislativo y vulneraban el federalismo. A las causas más generales de ese modo de operar el sociólogo español las encontraba en la debilidad de las tradiciones cívicas y en la falta de verdadera reacción ética de la masa, compuesta por una gran cantidad de extranjeros, decía, cuya preocupación era el orden material y que no se interesaban en la política. En lo relacionado a las designaciones de autoridades, Posada se inspiraba en el estudio de Matienzo sobre la modalidad oligárquica de elegir a los más altos mandatarios nacionales y provinciales así como a los legisladores que supuestamente debían representar a la sociedad<sup>15</sup>. En cuanto a los criterios de más peso para acceder a las candidaturas de legisladores nacionales o provinciales, Matienzo destacaba que los mejor posicionados eran los amigos y los parientes de los gobernadores, apartándose a aquellos que se tomaban en serio la Constitución y tenían conductas austeras, a los cuales se les permitía, en cambio, acceder a las cátedras universitarias en la medida en que allí no perturbasen la política militante<sup>16</sup>.

Sobre la ley Sáenz Peña y el fin del sistema de participación política restringida se han dado muchas explicaciones. La democratización electoral y sus consecuencias políticas casi inmediatas fueron, en general, pensadas como la derrota de las élites oligárquicas frente al radicalismo que proponía la apertura del sistema político, objetivo con el que coincidieron los sectores más modernos del conservadorismo. En ese sentido se trató de un proceso de modernización político-institucional que contó con un grado alto de consenso. Si se compara con las democratizaciones de los países europeos, en el caso argentino se amplió la participación electoral sin ningún tipo de escalonamiento y las legislaciones se inspiraron en las más avanzadas de la época. La variable que probablemente incidió a favor de esa apertura de los mecanismos electorales fue el hecho de que una proporción muy alta de las personas más pobres de la población eran extranjeros y no votarían. Si bien existieron reclamos y hasta intentos de revoluciones exigiendo la pureza comicial, esas demandas no estuvieron asociadas con los intereses de un determinado sector social y se centraron en el reclamo político del libre ejercicio de los derechos de ciudadanía. Luego de 1916 fue claro que, aun cuando los orígenes sociales de los altos dirigentes radicales no eran muy distintos a los de los conservadores, la diferencia surgía cuando se comparaban sus electorados: los votos de las clases medias se orientaban de modo mayoritario hacia el radicalismo. Pero más que por la composición social de sus electores, el carácter de clase media del radicalismo se manifestó en el menor apego al tradicionalismo ideológico de su gestión de gobierno en comparación con los precedentes. Lo que Gino Germani caracterizó de “populismo liberal” tuvo en el nivel discursivo, como rasgo notorio, la enunciación de la dicotomía *pueblo versus oligarquía*, primero exclusivamente como un conflicto entre actores del campo político pero que poco a poco se cargó de significados económicos y sociales. En principio, como muchas veces se ha señalado, las políticas gubernamentales radicales se ajustaron a los límites del modelo económico puesto en práctica durante las administraciones conservadoras. Sin embargo, la participación política ampliada

---

<sup>15</sup> Al respecto, Posada citaba el libro de Matienzo cuando decía: “Si hubiera de trazarse una línea de demarcación entre las prerrogativas del presidente y de los gobernadores en materia electoral, creo que lo más exacto sería decir que, por regla general, cada uno de estos magistrados designa candidatos a sucederle, es decir, el presidente es designado por su antecesor inmediato, y del mismo modo el gobernador de cada provincia es designado por el funcionario a quien reemplaza. Por regla general también, los gobernadores proceden como señores absolutos y exclusivos en la designación de los cargos electivos de carácter provincial, lo que da por resultado que las cámaras legislativas de provincia son hechuras de los gobernadores, salvo rarísimas excepciones. En cuanto a los cargos electivos de carácter federal [diputados y senadores al Congreso] (...), los gobernadores obran como administradores de un negocio en el que son accionistas principales, pero en el que reconocen al presidente una participación más o menos importante, según las conveniencias políticas, es decir, según la mayor o menor necesidad que el gobernador tenga del apoyo del presidente para sostenerse en el cargo”. José Nicolás Matienzo, *op. cit.*, página 154; y Adolfo Posada, *op. cit.*, página 210.

<sup>16</sup> José Nicolás Matienzo. *Op. cit.*, página 155.

introdujo la movilización social creciente no sólo de las clases medias sino, además, de los sectores obreros. La cultura política personalista demostró una fuerte persistencia en los casi quince años de gobiernos radicales y contribuyó a la ausencia de mayores definiciones programáticas en todos los partidos. Si bien el clivaje entre defensores y opositores de Hipólito Yrigoyen reflejó opciones e inserciones sociales conflictivas, fue la cuestión del personalismo el factor público de división del radicalismo. Con la crisis mundial de 1929, el Estado, cuyo control no había sido hasta entonces demasiado necesario para los intereses de los sectores económicamente dominantes, se convirtió en un elemento indispensable para asegurar sus ganancias.

Gino Germani innovó conceptualmente en su libro más moderno, *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*<sup>17</sup>, en la definición del fascismo a la luz de los acontecimientos argentinos de los años 1930-1976 al plantear que los seis golpes militares de ese casi medio siglo debían ser explicados como intentos fascistas, o como sustitutos funcionales del fascismo, cuyos objetivos fueron desmovilizar la sociedad y revertir la creciente intervención de la ciudadanía en la gestión de los asuntos públicos. Según Germani, mientras que los fascismos europeos contaron con un fuerte apoyo social de las clases medias temerosas ante los avances de la clase obrera y de la izquierda, en el caso argentino los militares golpistas fueron los encargados de enfrentar y neutralizar las amenazas provenientes de los protagonismos populares. El golpe de 1930 se propuso desactivar la participación de sectores de las clases medias y obrera estimulada por el proyecto yrigoyenista; el golpe de 1943 se realizó para suprimir las influencias del sindicalismo de izquierda y de las fuerzas políticas y actores culturales progresistas, si bien luego las divisiones en el seno de los militares terminaron impulsando una nueva combinación política que elevó a niveles desconocidos hasta entonces la movilización y participación de los sectores populares. El peronismo acordó nuevos derechos sociales de la mayoría de la población y forjó un imaginario colectivo vivido como amenazador por quienes rechazaban su proyecto; el golpe castrense de 1955 cumplió igualmente el rol de alternativa funcional del fascismo focalizando su acción en la represión desmovilizadora del movimiento obrero; el golpe de 1962 también asumió como meta dismantelar la movilización social identificada, en forma fundamental si bien no exclusivamente, con el peronismo; en 1966 las Fuerzas Armadas se propusieron obturar por un período prolongado todos los canales de participación política de la ciudadanía y anunciaron la creación de nuevas formas no democráticas de representación; en 1976 se inició un intento desmovilizador mucho más violento y represivo que los precedentes para desarticular las condiciones estructurales del activismo político y social. El Proceso fue un intento fascista más exitoso que los cinco anteriores, pues consiguió, empleando modos extremos de violencia, atomizar los tejidos y las organizaciones expresivos de la movilización social.

## DESPUÉS DEL PROCESO

1983 fue una ruptura en la historia política nacional que, sin embargo, no implicó la modificación automática de los modos de acción de las dirigencias partidarias. La idea misma de transición hace necesaria la pregunta sobre quiénes son los sujetos del cambio, para evitar la confusión entre el establecimiento de reglas democráticas y las efectivas disposiciones de los actores para llevarlas a la práctica. En lo contextual, el punto de partida de 1983 no reunía las mejores condiciones para cerrar la etapa dictatorial pues, como señala Juan Linz, los regímenes democráticos que alcanzan el gobierno sin que hayan existido rupturas violentas o fuertes enfrentamientos con los autoritarismos precedentes se ven en dificultades para emprender la depuración política, modificar las legislaciones o reestructurar el Estado para suprimir las trazas

---

<sup>17</sup> Gino Germani. *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires, Editorial Temas, 2003.

dejadas por el modo de dominio anterior<sup>18</sup>. En el caso argentino estas desventajas se potenciaron por la inexperiencia democrática de los partidos. En las elecciones de 1983, se reavivaron los mismos clivajes políticos de las épocas anteriores y pareció desconocerse la profundidad de los cambios producidos entre 1976 y 1983. La efervescencia social antimilitarista no fue canalizada por las viejas máquinas políticas y sus dirigentes, quienes en una verdadera operación de *cierre* en sentido weberiano, prefirieron no recrear sus deterioradas organizaciones partidarias incorporando a los importantes sectores de la ciudadanía que manifestaba interés por participar en la vida democrática. En la perspectiva sociológica del constructivismo estructural de Pierre Bourdieu, el concepto de *habitus* es la herramienta heurística que mejor capta analíticamente la incorporación de la historia, o de la experiencia, en las prácticas de los agentes de cualquier campo, y en nuestro caso sirve para hacer inteligible el sentido de las acciones de los dirigentes partidarios que mantuvieron, una vez iniciado el período democrático, los sistemas de prácticas que habían incorporado en los reiterados colapsos de las instituciones democráticas. Esa opción no fue el fruto de una conspiración ni de un acuerdo conscientemente asumido sino, siguiendo a Bourdieu, la expresión de *habitus* o de “sistemas de *disposiciones* durables y transferibles, estructuras estructuradas dispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y por ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta”<sup>19</sup>. En su clave, Matienzo hubiese dicho que en 1983 operó la moral común de la clase política.

Si durante el siglo XIX la cultura política oligárquica se había plasmado en los partidos sin programa y en los personalismos, esa realidad podía estar justificada por la relativa ausencia de sectores sociales políticamente más exigentes. Pero desde la década de 1910, el populismo liberal de los radicales primero y luego el populismo nacional-popular de los peronistas mostraron que existía una disponibilidad para la participación política que debió ser contrarrestada con las desmovilizaciones impuestas por los golpes militares en tanto sustitutos funcionales del fascismo. Desde 1983, la cultura política de los partidos más que la de la sociedad fue el factor principal que jugó bloqueando la participación política de la ciudadanía. Las clientelas y parentelas, los favoritismos personalistas y las estrategias de adaptación de los pequeños jefes crearon conjuntos de acciones y condiciones desgastadas pero difíciles de superar. Por otra parte, la fragmentación social dejada por el Proceso y luego profundizada por el neoliberalismo no generaba los contextos propicios para el surgimiento de ilusiones colectivas. El antimilitarismo fue un emergente espontáneo de la indignación que suprimió de modo duradero la antigua neutralidad de la población ante los golpes castrenses.

Desde diciembre de 2001 hasta nuestros días se mantuvieron los rasgos básicos de desconfianza de la sociedad hacia las dirigencias partidarias y de frustración reflexiva ante el funcionamiento del sistema político. El *nosotros (los ciudadanos) versus ellos (la clase política)* resumió el distanciamiento de los más disímiles sectores de la sociedad con respecto a los partidos. La posición crítica de la ciudadanía operó generando en los partidos crisis internas que debilitaron a sus direcciones y estimularon las divisiones. Así se fue desarticulando el nunca antes demasiado sólido sistema de partidos y proliferaron los intentos de creación de organizaciones sociales de autorepresentación de grupos e individuos disconformes con la falta de soluciones a problemas puntuales. En ese panorama de crisis crecieron los personalismos en las contiendas electorales; cayó el prestigio de las cámaras parlamentarias; los partidos volvieron a actuar como federaciones provinciales y la práctica de los intercambios interesados y facciosos fue el principio regulador.

---

<sup>18</sup> Juan Linz. *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown and Reequilibration*. Baltimore, John Hopkins University, 1978, página 35.

<sup>19</sup> Pierre Bourdieu. *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007, página 86.

Adolfo Posada y José Nicolás Matienzo cobraron rigurosa actualidad. Las candidaturas digitadas, la manipulación de los electorados, la no representatividad de los legisladores y altos funcionarios nacionales, provinciales y municipales, incluyendo las denuncias de corrupción se generalizaron, y la diferencia con principios del siglo XX fue la existencia de una ciudadanía mucho más exigente. El índice de desconfianza en los partidos políticos, que había alcanzado su punto extremo en el año 2001, disminuyó luego muy poco y en esta última década de los doscientos años se mantiene en alrededor del 93-94%<sup>20</sup>.

## PARA CERRAR CON FINAL ABIERTO

La vida política de fines del siglo XIX y de inicios del siguiente fue, en la mayoría de los países con aspiraciones de consolidar las instituciones republicanas, el escenario de luchas para conservar u obtener posiciones de poder, ensayando las reglas que recién comenzaban a establecerse. Los regímenes políticos de los países más desarrollados en lo social, económico y cultural, no eran democráticos en el sentido acordado a esa noción actualmente. Las proscripciones de los socialistas alemanes, a fines del siglo XIX, mostraron los obstáculos puestos a la aceptación de los partidos que representaban a la clase obrera. En casi todos los países, la conquista del sufragio universal fue el producto de reclamos que no siempre conseguían todos sus objetivos. Los cambios hacia la estabilidad institucional provinieron de innovaciones que lenta, trabajosa y contradictoriamente fueron creando condiciones de convivencia democrática y de respeto por los derechos de ciudadanía, proceso, demás está recordarlo, interrumpido en algunos casos por las regresiones fascistas. La diferencia de los comienzos del desarrollo político argentino en comparación con el registrado en Europa residió, entre otros aspectos, en la falta de los efectos derivados de lo que Arno Mayer definió como la persistencia del Antiguo Régimen, situación en la que los cambios económicos propios del progreso económico se combinaron con la desaparición más lenta en el campo político de las influencias aristocráticas y de los *notables* que, bajo formas diversas, pesaron en la el inicio del pluralismo democrático. Inglaterra, la más estable de las democracias europeas, construyó su sistema político como resultado de lo que Joseph Schumpeter caracterizó como la “simbiosis activa” entre las viejas clases establecidas y las burguesías ascendentes. La Revolución Francesa y su elite jacobina produjeron una apariencia de ruptura total con el pasado, pero los vestigios del sistema monárquico, con restauraciones incluidas, sumados a los autoritarismos napoleónicos, frenaron el avance democrático y, en cierto modo, apaciguaron la intensidad de los cambios. Inglaterra mantiene hasta hoy la monarquía y Francia necesitó un siglo para aceptar la revolución de 1789.

Se calcula que, en 1810, en el área geográfica argentina habitaban unas seiscientas mil personas, de la cuales muy pocas reunían las condiciones para constituir una opinión pública ciudadana. Las minorías activas que en un principio se arrogaron la representación de la sociedad fundaron, a sabiendas o no, un sistema elitista con discurso republicano, articulación destinada a perdurar en la cultura política nacional. Los interregnos, de anarquía primero y del rosismo después, le sumaron a esa cultura política elitista los componentes personalistas y las tendencias plebiscitarias que también se harían permanentes. La ampliación electoral democrática de 1912, vista por no pocos como el comienzo de una normalización que, como en los casos europeos, debía permitir el pasaje a un sistema pacífico y ordenado de alternancias fue muy pronto clausurada por el golpe militar, sustituto funcional del fascismo. Luego, las repetidas intervenciones militares introdujeron nuevas pautas de desorganización política en un contexto general de modernización social, económica y cultural. En la época del Centenario, Joaquín B. González consiguió finalizar su Juicio del Siglo con expectativas contradictorias y en parte esperanzadoras. En el título de nuestra

---

<sup>20</sup> *Barómetro de la Deuda Social Argentina.. Observatorio de la Deuda Social Argentina. Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica Argentina n° 5. Buenos Aires, 2009, capítulo 7.*

exposición, hablar de doscientos años fue un recurso para evitar Bicentenario, término que invita a las celebraciones y a imaginar entes pensados en las fantasías de las ilusiones biográficas de continuidad de algún tipo de naturaleza esencial. Hablar en claves sociológicas anunciaba una inscripción disciplinaria que necesariamente evita los finales reconfortantes y deja al lector las preguntas sobre el futuro.